

DESPLIEGUE PARATÁCTICO-ARTICULATORIO E
INFERENCIACIÓN SEMIO-DISCURSIVA (CON ESPECIAL
ATENCIÓN AL COMPORTAMIENTO VERBAL)
HOMENAJE AL PROF. G. WOTJAK (UNIV. DE LEIPZIG)

E. RAMÓN TRIVES
*Universidad de Murcia**

Resumen: La radical menesterosidad de las palabras, patente en todo enunciado, las hace saltar de su posicionamiento paratáctico o articulatorio inmediato a su papel subsidiario e inmediatamente subsecuente con respecto al conjunto, e *ipso facto* se revisten de subsidiaridad o hipotáctico funcionamiento en cuanto funtivos del conjunto global inferible.

Abstract: The radical neediness of the words, as is evidenced by each utterance or sentence, forces them to go from their immediate paratactic or articulate situation to their subsidiary and immediately subsequent role in relation to the whole, and *ipso facto* they are invested with subsidiarity or hypotactic functioning as functional subcomponents of the inferential overall whole.

* Este trabajo se inserta en el Proyecto PB/60/FS/02 sobre *Construcciones paratácticas...* que patrocina la Fundación Séneca de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia. Incide también en el Proyecto del Ministerio de Educación y Ciencia HUM00080/FILO sobre *Análisis, tipificación y formalización de las acepciones de términos léxicos polivalentes...*

Son muchas las cuestiones planteables a la hora de abordar el tema que me propongo desarrollar. Desde la perspectiva del radical modo articular de las expresiones semiótico-verbales, es planteable, en primer lugar, el grado cero o punto de partida que entraña la modalidad paratáctico-constructiva, dado que no nos es dado enunciado alguno sin la segmentación y ulterior articulación de elementos significativos mediante los cuales logramos *discursivizar* o hacer circular cualquier operación lingüístico-intersubjetiva.

En efecto, el hablante está obligado a enlazar unos segmentos con otros, desde la independencia monorrémica de cada uno con vistas a su composición articular o meronímica en el todo sirrémico u holonímico de cualquier enunciado en su conjunto. Las palabras, que son las vistas que tenemos de las cosas, nuestras cosas, que vale tanto como nuestras palabras, van dibujando entre todas ellas el perfil de la figura utópico-referencial que queremos transmitir a nuestro interlocutor en cada momento.

Cada palabra comporta ser una entidad en sí misma significativa, pero dado su carácter prototípico o utópico-referencial, la palabra tiene vocación articularia: necesita de otras para poder provocar la otra palabra, la palabra-eco de nuestro interlocutor, en una búsqueda dialógica radicalmente inacabada.

La radical menesterosidad de la palabra, patente en todo enunciado, la hace saltar de su posicionamiento paratáctico inmediato a su papel subsidiario e inmediatamente subsecuente con respecto al conjunto e *ipso facto* se reviste de subsidiaridad o hipotáctico funcionamiento en cuanto funtivo del conjunto global u holonímico buscado o resultante, en una *variación sintáctica escalar* local y global, micro y macrosintáctica, donde se dan cita toda serie de relaciones segmentales y suprasegmentales en forma de articulación o nexuación explícita o nexuación subyacente, según distintos grados de desarrollo dialéctico o complejidad discursivo-textual.

Pero no nos vamos a ocupar en esta reflexión en torno a la operación verbal únicamente de este radical modo paratáctico-discursivo, dado que no queremos quedarnos en el mero grado cero de la operación verbal, que al ser hecha de impulsos expresivos o momentos parcelarios del *tempo* expresivo de cualquier enunciado, afecta a la actividad verbal en su conjunto.

Queremos incidir no sólo en la por así decir *parataxis genérica*, sino también, y sobre todo, en la *parataxis específica*, la que hace de la necesidad virtud, la que

obtiene rendimiento significativo del enfrentamiento sintáctico o sintáctico-discursivo de entidades lingüístico-significativas desde su autonomía, sin pasarelas hipotácticas u otras, *in puribus*, en una especie de función paritaria y distinta frente a otros segmentos igualmente autónomos también dotados de función paritaria y distinta, todos ellos a su vez, beneficiarios del igualitarismo parlamentario del discurso en su conjunto, que necesitando de todos y cada uno de sus componentes meronímicos a ninguno en particular es debido, dado el salto cualitativo que inevitablemente hay que dar al pasar de los componentes al conjunto holonímico al que como flechas todas las palabras de un enunciado apuntan en un horizonte utópico asintótico o estocástico.

Dentro de la parataxis específica cabe establecer grados en el despliegue discursivo de la operación verbal. En efecto, una cosa es que nos centremos en la construcción de un enunciado simple o no simple, compuesto o complejo, cuyos condicionamientos se sustancian en el interior de la sintaxis oracional, cuya imprevisión concreta ejemplar se mueve en el horizonte previsto y provisto por la acerada *tipología lingüística*; y otra cosa muy distinta es que contemplemos el flujo enunciativo que va configurando los distintos párrafos o periodos enunciativos, que precisan de la parataxis por su propia constitución interna de lugar utópico de diversos enunciados: paso obligado de otros periodos o párrafos, paratáticamente dispuestos, y configuradores de la memoria discursiva del conjunto de un texto dado.

Las unidades verbales, desde su utópica elementalidad significativa, sirven y sirven bien al conjunto de cualquier operación verbal, tanto en lo local o microsintagmático como en lo global o macrosintagmático que vale tanto como decir en lo que podemos controlar directamente desde las unidades lingüísticas concretas, como en lo que no podemos sino abandonar a la fuerza del flujo discursivo, donde necesariamente entra en juego la *inteligencia discursiva*, la que nos dota de los mecanismos mediante los cuales pretendemos persuadir, mover o estimular a nuestros interlocutores mediante las palabras, que ya no son meros elementos significativos aislados de nuestros impulsos intuitivo-expresivos, sino que se convierten en instrumentos de segundo orden al servicio de la *inteligencia discursiva*, mediante cuya facultad somos capaces de leer en el interior de las palabras para servirnos de ellas al servicio de los más profundos y complejos pensamientos.

Ante esa especie de arte sintagmático-discursivo espontáneo que pasa de los más elementales enunciados a los más complejos, no podemos caer en el señuelo de que la palabra de un texto complejo es más compleja que la palabra de un texto simple. La palabra es la misma, esté en un texto o en otro.

La simplicidad o complejidad adviene a la palabra desde la simplicidad o complejidad de los textos en los que interviene; en tal caso, podemos decir que la *necesidad crea el órgano*, en una suerte de espiral sin fin, ya que las palabras que se alimentan de los textos y viven por ellos y para ellos no son nada sino en la memoria de los textos habidos, en los textos con los que nos topamos a cada instante y en los textos por venir.

Pero no podemos confundir al palabra viva con su mera corporeidad semiótico-expresiva, necesitada como está de la semiosis integrada expresivo-intelectiva o expresivo-interpretativa.

Y ahí es donde la palabra llamada a organizar paratácticamente un enunciado o discurso dado, combina el \emptyset y la partícula y/o y similares; su alcance local o global depende en todo momento de la función ejercida en el ámbito local o global.

El comportamiento verbal está radicalmente penetrado de dualidad u otredad paratácticas. En dicho comportamiento se nos presenta como *figura* paratáctico-sintagmática la materia lingüística articulada en un discurso dado; y desde tal *figura* o *configuración verbal* se propicia inferir el *fondo* discursivo-textual en función de la operación pragmático-discursiva subyacente. Como reza el lema de Saint-Exupéry en su tan celebrado *Le Petit Prince*, también en la operación verbal *lo verdaderamente importante es invisible*.

Aparte de la genérica configuración paratáctica natural inherente a la condición articuladora de la operación verbal que afecta a cualquier texto, se configuran paratácticamente, de modo específico, gran parte de textos o microtextos, como los *dicionarios, diálogos, silogismos, preámbulos, prólogos, epílogos, conclusiones, antologías, construcciones versales, listados, textos iconográfico-publicitarios*, etc.

Los segmentos de un texto son como las teclas de un piano que se acarician individualmente, aunque pueden sonar o resonar simultáneamente con la colaboración de manos, pies y registros, y, en el caso, de grupos sinfónicos, con el concurso de los sonidos del conjunto de los mecanismos o voces musicales convocadas.

La base de la inferenciación está en la *textualidad* que da razón de ser a los sintagmas yuxtapuestos, en forma paratáctica o enfrentada de unos contenidos verbales con respecto a otros.

Toda *palabra es respectiva* a un determinado paradigma en contraste con otras palabras pertenecientes a otros paradigmas y con los que presenta una virtualidad sintagmático-combinatoria o valencial. La *parataxis específica* se materializa físicamente en la disposición o despliegue de la corporeidad significativa elegida sin mecanismos morfosintácticos de intermediación explícitos y reclama del hablante un especial protagonismo de su *inteligencia discursiva* para aflorar la *nexuación subyacente* a los distintos momentos del despliegue sintagmático de un texto mediante la peculiar inferenciación respectiva de todos ellos, en respuesta a su coherencia o razón de ser en un texto dado, al que se aplica, a cada paso, el *post hoc, ergo propter hoc, el juxta hoc, ergo aliud*, etc., haciendo bueno el *dime con quién vas y te diré quién eres*. Es evidente que en orden a la inferenciación textual, como ocurre con cualquier despliegue discursivo, dentro de una construcción paratáctica cada palabra es ella y sus circunstancias, ella y su entorno, contexto o cotexto.

Cuando nos sirven [*vino vino*] o cuando decimos que tenemos un [*amigo amigo*], la palabra que sigue caracteriza, desnuda, desentraña la interioridad contenidística de la palabra antecedente. Este es el principio mediante el que se ha realizado un diccionario como REDES, no en vano su responsable participa de estos planteamientos. La modalidad meramente descriptiva de un enunciado como [*Tu libro se ha perdido*] puede ser parangonada con la modalidad *disfórico-afectiva* o *zaumásica* —en los términos de Salvador Fernández Ramírez— de construcciones escindidas o (h)endiálicas del tipo [*Tu libro, ¡(que) se ha roto!*], de configuración paratáctica global.

Sobre la base de la necesaria *semiosis* característica del comportamiento humano en su integridad, cuyas dos patas ineludibles son *lo sensible y lo inteligible*, en la medida en que *la expresión* como *figura* no puede ser identificada como auténtico *significante* sino sobre el *fondo del paradigma significativo* intelectivamente interiorizado al que pertenece dicho *significante* junto con otros virtuales significantes del mismo paradigma, que *lexemáticamente* no tiene más razón de ser que su relativa *equivalencia significativa* o *simbólico-referencial*, sobre la base de un cierto *aire de familia*, que hace que en determinados esquemas discursivos del tipo:

1. [TOMO UNA SILLA Y ME SIENTO]₁
vs
2. [TOMO UNA SILLA Y ME SIENTO EN ELLA]₁
vs
- 1.1. [TOMO UNA SILLA Y ME SIENTO FELIZ]_{1/2}
vs
2. 1. [TOMO UNA SILLA Y ME SIENTO FELIZ EN ELLA]_{1/2}

seamos capaces de sustituir **silla** por una serie abierta de lexemas en 1., al menos, más abierta que la que intuimos que se permite en 2. En 2., somos capaces de allegar lexemas con un aire de familia en relación con los *asientos*, en una serie relativamente cerrada de **silla** a **posón**, en cuanto a los usos o hábitos más normales o normativos, sin que por ello se nos cierre la posibilidad de allegar lexemas tan alejados como **carpeta**, **sábana**, **almohada**, etc., en función del vaivén de los usos verbales desde los habituales u *ortofónicos* a los inhabituales o *metafóricos*: todos ellos compatibilizados por la fuerza de la atracción o fusión significativo-verbal del conjunto discursivo, que en la medida en que se va haciendo más abundante en masa expresiva se hace más preciso, y, consecuentemente, se acorta el número de los candidatos o componentes de la familia lexemática convocada a formar parte de la misma reunión familiar sintagmático-discursiva. Lo que es diametralmente opuesto a lo que ocurre en discursos como 1., donde podemos sustituir **silla** por un número más numeroso de lexemas que, sin necesidad de salirnos de lo ortofónico, nos permite producir innumerables discursos, ya sea con lexemas como **pera**, **pastel**, **albóndiga**, etc., con los que podemos formar toda clase de discursos, junto a los cuales cabe pensar en los lexemas de uso metafórico cuyos límites sólo la intuición del hablante es capaz de cifrar.

Las circunstancias arriba expuestas nos hacen ver que el hablante sabe jugar con las palabras, cuyas reglas de juego o esquemas discursivos conoce, pero desconoce el número de jugadas de que es capaz: lo cual es importante, si se tiene en cuenta que la vida de las palabras, su vigencia, se encuentra en el comportamiento verbal que no se produce sino mediante sintagmas cuyos componentes significativo-verbales se identifican desde los paradigmas subyacentes. Y es que, como vimos en otro lugar (París, 2000), el hablante agarrado a la palabra, a las palabras, como única tabla de salvación del naufragio de la

expresión o comunicación verbales, intuye en cada una de ellas una **energía significativa –significado–** que se condensa en la **masa significante –significante–**, llamada a fusionarse con otras palabras en los más diversos discursos, para obtener energía significativa nueva –**sentido**– en función de los más insospechados discursos condicionados por las más cambiantes situaciones dialógicas en la espiral de las siempre nuevas *emisiones verbales*, parejas con las siempre distintas también *observaciones verbales* propias de las inevitables y siempre nuevas recepciones verbales. Se cumple en la dinámica verbal lo que se plantea en *Alicia en el país de los Cuantos. Una alegoría de la física cuántica*, de Robert Gilmore ((1995) 2006: 127-128), «La naturaleza de un estado puede ser muy diferente, dependiendo de cómo se observa. De hecho, la misma identidad de los diferentes estados que se ven en una representación pueden no ser los mismos que los de otra representación»; en función de ello, podemos perdernos en el laberíntico vaivén de la dinámica discursiva, si no establecemos distinciones precisas. Y eso es lo que propongo a favor de la muy razonable objeción de conciencia presentada con todo derecho por los maestros y amigos Marie-France Delport y Jean-Claude Chevalier (2006), no ya con respecto al «soldado polisémico», sino incluso contra el «ejército de la polisemia lingüística» en su totalidad o dispositivo geno-discursivo en cuanto tal.

Si nos olvidáramos de la dinámica cuántica en la que se ve inmersa la actividad verbal, podríamos suscribir sin más que el **significado** de una palabra vendría dado por la fórmula $y=ax+z$. La importante distinción entre *competencia* y *lengua*, en el sentido de Marie-France Delport (2004:30) nos pone de lleno en la problemática que supone, por un lado, el comportamiento verbal como resultado de una habilidad verbal desarrollada y enriquecida por el comportamiento entre hablantes verbalmente desarrollados o potencialmente tales, lo que es propio de todos los hablantes cabales, y, por otro, en la problemática que surge de la tarea del observador del comportamiento verbal y de la lengua que subyace al mismo, que sólo a los estudiosos o lingüistas les es exigible.

El significado de la palabra sería fruto de un puro azar del contexto discursivo: los elementos del *cotexto* y *contexto* machihembrados producirían el significado de cualquier palabra, sin nada preexistente, como si la lengua no existiera y sólo se diera el discurso, más allá de la distinción de Jean-Claude Coquet relativa al discurso sin yo –**lengua**– y discurso con yo –**discurso**–

propiamente dicho. Ese puro azar privaría al hablante de protagonismo y libertad, al tiempo que lo privaría de la capacidad de aprendizaje en el manejo de los discursos. Lo que, contra toda evidencia, no es el caso, sino que el hablante a medida que se adentra en el manejo del discurso se va sintiendo más libre y dueño y, si se quiere, más cauto y limitado en relación con el puro uso y abuso de las palabras, a las que, en cierto modo, les pierde el respeto, al decir de Ortega (1948) a propósito de la opinión de los hablantes y el uso de lengua, para lanzarse a enriquecer su actividad pensante, a la que le nacerán, sin duda, palabras, como hacía ver Heidegger (1947), en una neología sin fin y al servicio del mejor uso de la lengua de cada hablante, consciente de su papel protagonista, que no sólo no juega a los dados, como atribuía Einstein a Dios, sino que tiene puesto un casino permanente con el objeto de ganar la partida permanente de la mejor expresión y la más cabal de las comunicaciones, en un afán sin desmayo, si se me permite traer aquí los planteamientos de Stephen Hawking (2004:79-80).

Tal fórmula convertiría en inane la **energía significativa**, como si se redujese a su **masa meramente expresiva**. Pero no es eso, ambas estructuras polares forman parte del proceso en su integridad, y su integral solo se percibe en el horizonte de su fusión con otras palabras. Es lo que condiciona, a nuestro juicio, el despliegue de las diversas acepciones que se describen en los diccionarios de uso, de modo explícito, y en los diccionarios reticularmente configurados como el tan útil de *REDES*, dirigido por Ignacio Bosque (2005), de modo implícito, dado que la selección de los discursos o cotextos no es indiferente a la combinatoria sintáctico-discursiva del comportamiento verbal de los hablantes.

Por eso preferimos una fórmula como $y=ax+v+z$, donde:

y = sentido o "variable dependiente"

a = cantidad invariable

ax {

x = variable independiente,₁

v = unidad verbal con su significante y su significado o variable independiente,₂.

/Que siempre hay que intuir o percibir desde su fusión con el conjunto, en un cierto *sentido cuántico* de más preciso cuanto más variado en contextos múltiples se encuentra; y más impreciso, cuanto menos varía el contexto.

Si la palabra fuere mero uso mostrenco y no viva realidad significativa sin límites últimos precisos, si la palabra fuere mera *norma* o el resultado *convencionalizado* de un uso determinado, por prototípico que este fuera, el pensar estaría agotado en cada palabra. Pero al ser la palabra una realidad significativa viva, como la vida, es una realidad permeable y porosa, capaz de machihembrarse con las más diversas combinaciones sintagmático-discursivas: y en tal sentido, la palabra para el pensamiento nunca es la última palabra, sino una invitación a seguir buscando su otro lado, el lado que al percutir su materia sensomotriz o *significante* sobre el pensamiento activo consigue vivificar un nuevo pensamiento troquelado en palabra significativa viva o *significado*, con vocación de acoplamiento con su expresión significante, en una evolución espiral sin fin.

De este modo, evitamos el sinsentido de $y=ax+y+z$, como, por reducción al absurdo, conducen nuestros amigos la fórmula de partida. Y es que la polisemia, la polirreferencialidad o polidiscursividad de las palabras debe obedecer tanto a reglas de uso, como quedar libre de ellas, que en eso consiste la sistemática lingüística, de perfiles conceptuales intuitivos, borrosos y abiertos a los más variados discursos concretos, desde su radical condición intuitiva o incertidumbre sistemático-discursiva, en la medida en que la *v*, unidad verbal, está dispuesta para intervenir con otras y fusionarse con ellas en los más variados discursos: [matrimonio] es /matrimonio/ y el resto; lo mismo que [mano] es /mano/ y el resto, etc. Lo que ocurre es que sólo percibimos los “restos”: nadie ve el otro lado del [significante], aunque sabemos que es el /significado/, que interviene en el [sentido] global del que los /significados/ precisos de los componentes de un discurso dado forman parte al fusionarse o integrarse en dicho discurso.

Sobre la base de estos radicales planteamientos se puede evidenciar que, en ocasiones, no se observa una coherente autonomía entre los dos planos, cuya convergencia no puede, a mi juicio, ser exigible *meronímicamente* sino *holonímicamente*, dada la diversidad de los recursos expresivos o sensibles, que no puede, a mi juicio, escamotear la convergencia holonímica o noemático-discursiva, razón por la cual nuestros diversos idiomas pueden propiciar el diálogo de unas lenguas a otras, siendo posible intercambiar pareceres con enunciados de lenguas distintas y con planteamientos distintos dentro de las mismas lenguas.

Los objetos lingüísticos, obviamente, en cuanto tales *objetos*, no son epistemológicamente distintos de los objetos de cualquier disciplina científica.

La diferencia estriba en que los objetos conceptuales no son *per se* independientes de los sujetos dentro de la dialéctica conceptual dada. La *realidad extraconceptual no verbal está ahí* y los científicos, aunque también forman parte de la realidad extraverbal, se aproximan a ella progresivamente dentro de un perfil epistemológico creciente, con la metodología matemática y empírica requeridas. En cambio, la *realidad cultural preconceptual o extraconceptual verbal* está en mí, en todos y cada uno de nosotros, al incorporarnos a nuestra sociedad hablante como miembros activos de su parlamento social.

Las unidades paradigmático-verbales, tanto léxicas como gramaticales, no son susceptibles de definición, sino que tienen que ser reconocidas, intuitas o sorprendidas a lomos del acontecer sintagmático-discursivo.

Si se tiene la impresión de que “no es posible la definición de las unidades verbales como lo es la del ácido sulfhídrico”, no lo es por razones epistemológicas, sino porque, como hablantes, los científicos de las lenguas, los lingüistas, psicolingüistas y otros, cuantos acometemos el trabajo metalingüístico de analizar las entidades verbales y su comportamiento somos conscientes de que las unidades verbales preconceptuales, como cualquier realidad —y el hombre es una cambiante, dinámica, realidad biológica socio-cultural en la que está integrada la *dinámica realidad histórico-cultural que es su lengua—*, despiertan nuestra inquietud de búsqueda desde las más variadas perspectivas frente a la dinámica y, por ende, cambiante, *dialéctica sujeto-objeto —donde nunca el sujeto ni el objeto son lo mismo, aunque homeostáticamente sean los mismos—*, movidos por la inquebrantable voluntad humana de avanzar en el conocimiento de la realidad, con la finalidad de sorprenderla en sus más íntimos secretos y acercarnos al conocimiento de su esencialidad. Pero somos igualmente conscientes de que no podemos observar la realidad desde todas las perspectivas espacio-temporales de análisis u observación, sino desde *una* de las perspectivas sujeto-objeto espacio-temporalmente dada, para aunarla a otras ya habidas y a las por haber, en una progresiva espiral sin fin, donde por principio ningún dato es prescindible ni definitivo, al tratarse de una entidad histórica socio-cultural como es la lengua con la que cada hablante se siente hermanado con otros hablantes e inmerso en un grupo humano lingüísticamente configurado.

Y en esto el *uso es prioritario*, y en el *uso lo cuantitativo es cualitativo*, dado que el uso es el único modo como se perfila desde la diversidad sintagmática la mismidad o entidad paradigmática de cualquier entidad verbal.

Por eso surgen los diccionarios en cualquiera de sus modalidades epistemológicas. El diccionario descriptivo-definicional, el diccionario de autoridades, el diccionario de construcción y régimen, el diccionario de valencias, el diccionario ideológico, el diccionario de sinónimos y antónimos, el diccionario sintagmático-discursivo, como el de redes, en cuanto diccionario combinatorio, donde se cumple el diagnóstico de la filosofía popular reflejada en «dime con quién vas y te diré quién eres», «cada oveja con su pareja», etc.

Los escenarios noemático-cognitivos verbales o verbalizables no pueden, a mi juicio, sacrificar *lo inteligible* en el altar de *lo sensible*, sobre todo, cuando se contemplan enunciados como los realizados en latín con verbos como *cavere, uti, esse*, etc., complementados con determinados sintagmas nominales en función actancial, benefactiva, objetivo-adlativa (caso de *cavere*), complemento instrumental (caso de *uti*) o complemento de tenencia o locativo o, más generalmente, de complemento en función de predicado nominal o atributo (caso de *esse*). Por no hablar de las diferencias notables entre los verbos *changer* y *cambiar*, en los análisis de L. Tesnière, o de *hablar, hablar una lengua, habar un asunto y hablar de un asunto, hablar bien/mal/perrerías/estupideces/maravillas/divinidades/preciosidades... de un SN* frente a *to speak* y *to talk*, así como *to talk about* o *sprechen* y *sprechen über*, que pueden presentar casos especiales de actancialidad, sobre la base de una perspectiva minimalista o noemático-cognitiva.

No ser coherente con estas exigencias es, a mi juicio, un sacrificio gratuito de lo inteligible en el altar de lo sensible. Ante enunciados como:

1. Valentí Fuster vive entre Madrid y Nueva York
2. Vidal Cuadras se trasladó a Madrid definitivamente desde Barcelona
3. La General Motors se instaló en Cartagena durante quince años

cabe decir que en muchos planteamientos gramaticales en torno al *verbo*, esta categoría es tratada como una categoría hemipléjica o subdesarrollada a la hora de dar cuenta de las relaciones que subyacen a su papel como *SV* sintagmáticamente actualizado en su integridad de convocatoria relacional en la operación discursiva.

Es muy general la que podemos considerar hemiplejía levógira en que consiste la exclusiva consideración del contradominio del sintagma verbal, en clara *petitio principii*, pues se atribuye al núcleo lexemático-verbal la función específica de *predicado* —que es un hecho de discurso—, siendo así que la función de *predicación* no es exclusiva del verbo, sino que se puede aplicar a cualquier unidad lexemática fundamental.

En efecto, las palabras, en su totalidad, son susceptibles de funcionar como predicado o encierran en sí virtualidad predicativa por el hecho de que toda unidad significativa es *respectiva*, con la respectividad básica entrañada por la *significación*, que viene a ser equivalente a *distinción* de otras del mismo paradigma o familia de palabras, pues a todo *denotado* de cualquier palabra se le puede aplicar, mediante la cópula, el predicado constituido por dicha palabra:

4. Esto es una mesa;
5. Esto es traducir; etc.

aparte de los recursos de énfasis mediante reiteración identificadora del tipo *café, café no es este café; traducir traducir no traduce este "traductor", etc.*; por no hablar del principio de identidad que afecta a cualquier unidad significativa o palabra, que siempre hace a dos caras, la expresivo-manifiesta y la significativo-subyacente, como ocurre cuando convertimos una unidad de lengua en metalengua mediante el procedimiento de atribuírsela identitariamente mediante el procedimiento de la cópula:

6. Abrir es abrir;
7. Traducir es traducir; etc.

También se suele presentar al verbo como una categoría subdesarrollada en la medida en que se le aplica a su natural enriquecimiento composicional una amputación en el dominio, inductora de hemiplejía dextrógira, en la medida en que auténticos sintagmas seleccionados por el verbo en composición o *colocación* estable o núcleo sintagmático-verbal quedan fuera por el hecho de presentarse introducidos por una preposición, como si fuese una barrera infranqueable por el régimen relacional verbal, siendo así que determinados complementos genérico-

temporales, etc., pueden presentarse directamente, sin que se les pueda justificar función alguna directa o específica con respecto al régimen relacional verbal.

La característica *intransitiva* de determinados lexemas verbales afecta sólo a su inherente modalidad lexemático-paradigmática simple, y no a su capacidad combinatorio-selectiva o valencial como respuesta a determinados esquemas noemático-actanciales mediante su asociación con una *determinada* preposición, y no otra, que, al implicar un *incremento significativa* con respecto al *verbo dominante*, se transforma, en tales casos, en *postposición* como *colocación* dentro de un complejo verbal que *recategoriza* al verbo originario y lo convierte en *transitivo* y le dota de capacidades combinatorias específicas, en la medida en que la complementación subsecuente objetiva o complementa tanto al semismo verbal como al de la *preposición* de la que morfosintácticamente es *término*. Compárense:

8. El profesor habla de matemáticas;

8.1. ¿De qué habla el profesor?

8*. The teacher is talking about mathematics

8*.1. What is the teacher talking about?

9. El niño habla este verano, pues ya va a cumplir dos añitos

9.1. ¿Cuándo habla el niño?

9.1.1. Este verano.

9.2. ¿Por qué habla el niño este verano?

9.2.1. Porque este verano va a cumplir dos añitos.

La *formalización verbal* de la relación planteable respecto del *tratamiento o planteamiento* de un asunto genera relatores simples o complejos del tipo:

A trata B —A....R....B

A habla de B —A....R....B

A habla B —A....R....B

A habla de B —A...R...B

La *formalización verbal* de la relación planteable respecto del *desplazamiento* genera relatores simples o compuestos, dado que el hablante se pliega a la experiencia que interioriza la formalización verbal de su relación o relaciones en

forma de relatores verbales simples u originarios o en forma de relatores verbales compuestos o desarrollados desde los simples o preexistentes, mediante las *postposiciones* exigidas por el semismo verbal dominante como salida o remedio a su intransitividad originaria, ampliando su capacidad valencial, que afecta tanto a la postposición como al verbo dominante. La *sutura postposicional* con el verbo dominante se acerca a la *prefijación*, y se percibe morfosintácticamente de diferente manera según las lenguas, como se ha comprobado *supra* al comparar determinadas frases en inglés y en español.

Con ello queremos mostrar que la categoría verbal en las lenguas no debe sufrir mutilaciones ni en su constitución como léxico fundamental, ni en su potencialidad combinatoria, pues, a mi juicio, no es de recibo que la *actancialidad* propia del contradominio o sujeto sea cercenada de principio, induciendo una lamentable hemiplejía en la categoría verbal básica, que como núcleo relacional reclama su complementación en los diversos funtivos que saturan sus virtualidades combinatorias como categoría o función relacional, ya se trate del contradominio o del dominio en las soluciones sintagmático-discursivas adoptadas en las diversas actualizaciones expresivas. Perseguiamos, además, que tampoco sea considerada tal categoría funcional como subdesarrollada y se le prive de su natural enriquecimiento categorial en cuanto desarrollado composicional, como núcleo especializado para otros menesteres que por sí sólo, sin el adminículo preposicional integrado en su natural desarrollo sería incapaz de realizar. Considerar, en tales casos, que el sintagma introducido por una preposición desactancializa o circunstancializa la complementación requerida por el complejo resultante {*V+prep.*} supondría una abusiva amputación del natural desarrollo composicional de una categoría que tiene todo el derecho de desarrollarse mediante instrumentos selectivos junto con los cuales queda enriquecida su función relacional y, por ende, dotada para nuevas complementaciones: *tenerlas todas consigo, tomar el pelo a alguien, hacer polvo algo/a alguien, dar saltos de alegría/dar la lata a alguien,...*

Si significar es distinguir o percibir intelectivamente con respectividad, las distinciones significativas que se ofrecen son más bien conceptualizaciones aproximativas, cuya necesaria precariedad viene suplida por el ejemplario.

No obstante, el dato fundamental que vendría a clarificar la significación de cualquier lexema, en cuanto unidad significativa o distintiva de significación,

es lo que no abunda en los diccionarios, como es la indicación del paradigma del que se ha extraído o seleccionado dicha entrada o lexema.

En general, el diccionario es un texto con superestructura alfabética, numérica o alfanumérica de las distintas entradas significativas de una lengua. Carecen, pues, de macroestructura, dada la diversidad de principio de las diversas entradas entre las que no es pensable una convergencia o producto lógico entre los diversos microtextos representados por cada entrada léxica.

El diccionario terminológico o especializado, más allá de la superestructura alfabética, numérica o alfanumérica, así como de las diversas microestructuras en torno a cada entrada léxico-terminológica, desarrolla la macroestructura textual, dado que entre todas las entradas de un diccionario especializado (de medicina, de física, de comunicación, de agricultura, de la fruta, del calzado, etc.) existe convergencia o producto lógico positivo entre sus componentes significativos.

El diccionario sintagmático, por su parte, se fundamenta en el carácter intuitivo de las unidades verbales al uso, a diferencia de los términos generados por las distintas tecnologías, especialidades o disciplinas científicas. En efecto, en los diccionarios especializados se cuenta con los datos empírico-conceptuales propiciados por el estado de clarificación conceptual emanado de las distintas tecnologías, especialidades o disciplinas científicas: en su peculiar *terminografía*, descripción o definición tecnológica, entra en juego el núcleo fundamental de lo que el usuario, según el grado divulgativo o especializado de su necesidad comunicativa, puede necesitar para el uso adecuado de una determinada terminología.

Pero el saber preconceptual, intuitivo o primario, inherente a las palabras de una lengua, no puede ser satisfecho con las definiciones o descripciones conceptuales, al no tratarse de términos delimitados conceptualmente desde práctica o técnica sistemática alguna, cuya economía tiende a cero, que si a cualquier hecho de cultura es aplicable el teorema de la incompletad de Gödel, a lo lengua lo es en grado eminente, dada su tendencia a la economía de medios, desde la generalidad o virtualidad de sus diversas características, que algunos filósofos han tachado de imprecisión, ambigüedad o imperfección, siendo como es la lengua el analogado principal de cualquier sistemática cultural humana, que parte precisamente del pensamiento verbal, que desde su especial naturaleza

como hecho cultural histórico de primera magnitud, nos sirve para profundizar en nuestro conocimiento de la realidad experiencial humana, verbal y extraverbal.

Por esta razón, teniendo en cuenta que nuestras palabras son las vistas que tenemos como hablantes de las cosas, siendo ellas misma nuestras cosas, siquiera sea desde la perspectiva del saber ingenuo implícito en cualquier hablante, como con razón pusieron de relieve F. de Saussure y E. Coseriu, y que estas vistas, de las que hablaba Ortega, son, aisladamente, puntos inefables, que se comportan como flechas orientadoras o dotadas de sentido en las frases, al decir de Wittgenstein, no cabe poner ningún límite a la presentación sintagmática de las diversas palabras. Por ello, a la paradigmática elemental para-lexemática o n-lexemática, que propiciábamos anteriormente a propósito del interés de hacer ver la familia o campo léxico-asociativo con el que está emparentada cada palabra, a la hora de percatarnos de la identidad significativa de cada palabra en las distintas entradas de un diccionario, penetrada como está cada unidad significativa de mismidad y de otredad, dada su naturaleza respectiva, que para ser precisa ser siempre otra distinta del resto del que se distingue; hay que añadirle la paradigmática dialéxemática, polilexemática o sintagmática, donde cada palabra vive y se manifiesta siempre misma y siempre otra, en la medida en que contribuye a formar o combinar enunciados o sintagmas nuevos con el concurso de sus características significativas que como virtualidades latentes sólo afloran en contacto con otros significantes en sintagmación. Es otra manera de comprobar que la palabra, cualquier palabra, para significar, para seguir vigente, necesita homeostáticamente ser siempre otra, distinta: la que viene a sumarse a su radical otredad dentro del paradigma en el que vive, del que sale y al que vuelve con nuevos impulsos vitales a través del comportamiento verbal, siempre la misma y siempre otra.

Los *diccionarios de construcción y régimen* cubren gran parte de las expectativas de los diccionarios sintagmáticos, pero el pie forzado del régimen supone con razón una medida necesaria y cautelara para conocer el *funcionamiento sistemático de la lengua*, pero, necesariamente, sacrifica las exigencias de la construcción sintagmática y sus variantes dentro del *comportamiento verbal*, de modo similar a como lo puede hacer un *diccionario de valencias*, en cierto modo integrado o integrable en un *diccionario de construcción y régimen*.

Más allá de los *diccionarios de valencias* que cubren las expectativas del comportamiento sintáctico-dependencial de las unidades verbales, los así llamados *diccionarios de redes sintagmáticas*, más plegados al comportamiento verbal que a la sistemática funcional lingüística, pueden ser una herramienta útil en la medida de la representatividad del *corpus* de base tenido en cuenta, en orden a su interés económico. Están en la línea de la utopía que se puede proponer un *diccionario sintagmático*, que pretenda diseñar la tipología sintagmática de las unidades verbales de una lengua dada, valiéndose, como no podría ser de otro modo, de los datos emanantes del comportamiento verbal.

A cualquier aproximación que pretenda un diseño de lengua y su comportamiento es aplicable el sabio consejo de Bernard Pottier en 1953:

«Los fenómenos lingüísticos son siempre muy simples. Hay que tratar simultáneamente de evadir la tentación de citar todos los ejemplos posibles –con lo cual no se consigue otra cosa que oscurecer el camino–, así como la de encerrarse en teorías preconcebidas absolutas –que a toda costa quisieran hacer encajar los ejemplos en un marco fijado de antemano. Nuestros esfuerzos deben apuntar a la búsqueda del justo medio. En lingüística vige también el precepto de Gracián: “Ve por el medio y correrás seguro”».

Estando en juego el comportamiento verbal, cuyo perfil virtual quieren servir los diccionarios sintagmáticos, podemos proseguir esta reflexión por los planteamientos de J.-C. Chevalier a propósito de lo que llama *Genèse de la phrase et diversité des langues*, dentro del tomo XXV de *Modèles linguistiques*, 1 y 2, 2004, titulado *Genèse de la “phrase” dans la diversité des langues*, Éds. du Dauphin, Toulon, pp. 83-99.

J.-C. Chevalier (2004 :86) afirma lo siguiente:

«Toute phrase, et c’est l’évidence, il me semble, naît d’une situation qu’elle rapporte et dans cette situation même, ou dans une autre. Ajoutez (ce qu’on ne retient pas assez) que la situation en cause ne s’éteint pas avec l’éclosion de la phrase mais dure autant qu’elle, l’accompagne jusqu’à son achèvement et même la conduit. D’où l’on peut tirer le premier précepte, tout général encore, qui s’impose à celui qui veut étudier *la genèse de la phrase*: à aucun moment de la suite de mots qu’il considère il ne doit lâcher la situation qu’elle relate et celle où elle paraît».

Y más adelante (ib.:87):

«Il est besoin, en effet, répétons-le, de dérouler, de faire aller du même pas trois éléments distincts qui sont à l'œuvre en même temps:

1. La représentation de la «réalité», imprécise, vague, esquissée, qui précède la genèse de la phrase et qui l'accompagnera jusqu'à sa fin.
2. La représentation de la même «réalité» que la phrase en genèse édifiera progressivement et qui, au bout du compte, sera «ce qui est dit», ce qui en est dit.
3. La représentation des contraintes linguistiques échappant au géniteur de la phrase et qui viennent du système dont il use».

Lo cuantitativo es cualitativo en la operación verbal, que nunca es ex nihilo. La sintagmática, como el léxico y la confección de los diccionarios relativos al léxico de una lengua dada, está más allá y más acá de la sintaxis, a la que sirve y de la que se sirve en el comportamiento verbal. Lo que tiene que ser la lengua, lo que la lengua es y lo que la lengua puede ser al servicio y como consecuencia del comportamiento verbal pasa por la sintagmática, despliegue relacional o machihembramiento de las palabras en el discurso, que es monumento o memoria de usos sintagmáticos habidos y anticipo o presagio de otros posibles, en un vaivén sin fin perceptivo-preceptivo sintagmático-presentativo.

En mi contribución al Homenaje a Greimas, "Constantes filológico-lingüísticas en la semiótica greimasiana" en *Homenaje a Greimas. Actas del III Seminario Internacional del Instituto de Semiótica Literaria y Teatral*, pp.13-29, Madrid, 1994, sostenía yo que *el sintagma desnuda al paradigma*, en el sentido de que descubre o revela sus características y relaciones más íntimas con respecto al resto meronímico de unidades posibles, razón de ser del machihembramiento sintagmático, que nunca es sin porqué dentro del comportamiento verbal propiciado por una lengua dada. Si el sintagma desnuda al paradigma, en la medida en que un comportamiento verbal surge y se mantiene dentro de los límites canónico-sistemáticos de una lengua dada, también es verdad que *el sintagma reviste, cubre o arroja al paradigma*, dada la *esencial dependencia que mantiene la autonomía verbal con la experiencia convivencial humana* de la que surge y a la que sirve dentro de un dinamismo sin fin. Por eso los diccionarios, como las gramáticas en otro orden, son útiles, en cierto modo, indispensables, y, al mismo tiempo, insuficientes, pero nunca prescindibles, como nada en el comportamiento verbal lo es.

Y es que el comportamiento verbal alimenta y hace vivir a sus propias criaturas sintagmáticas, en una suerte de salto de lo cuantitativo a lo cualitativo, de cuanto es o acaba por ser en los distintos momentos del comportamiento verbal a lo que debe ser o permite ser para que la lengua, siempre una y siempre otra pueda seguir siendo.

Lo que la sintagmática depara puede ser tan revelador como imprevisible. Véase cómo no hace falta esperar a Valle-Inclán para desimpersonalizar el verbo *llover*. También encontramos ya tal empleo en *El Quijote*, concretamente, en el primer capítulo de la II Parte, y no ya en tercera persona como en Valle o en las noticias periodísticas o radiofónicas, cuando se nos dice, ante una abundante y rara lluvia, que han llovido millones en estos días, otras veces, millones de pérdidas, no es únicamente la tercera persona la afectada, sino también la primera, como ocurre en el cap.1º de la II Parte del Quijote, en el episodio en el que “el señor cura”, para comprobar si realmente don Quijote había curado, refiere el episodio del capellán que por mandato del Obispo había ido a comprobar si el licenciado en teología que había sido recluido por loco, estaba ya cuerdo, cuando dice:

«...y llegado el licenciado a una jaula donde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le dijo:

-Hermano mío, mire si me manda algo, que me voy a mi casa; que ya Dios ha sido servido, por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme a mi juicio: ya estoy sano y cuerdo; que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible....

Todas estas razones del licenciado escuchó otro loco que estaba en otra jaula, frente a la del furioso,..., y preguntó a grandes voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El licenciado respondió:

-Yo soy, hermano, el que me voy; que ya no tengo necesidad de estar más aquí....

-Mirad lo que decís, licenciado, no os engañe el diablo –replicó el loco–..

-Yo sé que estoy bueno –replicó el licenciado–...

-¿Vos bueno? –dijo el loco–. Agora bien, ello dirá; andad con Dios, pero yo os voto a Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra,...¿No sabes tú, licenciadillo menguado, ...que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con una sola cosa quiero castigar a este ignorante pueblo –Sevilla–; y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres años enteros...

A las voces y a las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro licenciado, volviéndose a nuestro capellán y asiéndole de las manos, le dijo:

-No tenga vuesa merced pena, señor mío, ni haga caso de lo que este loco ha dicho; que si él es Júpiter y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antoje y fuere menester.»

Los enunciados con *verbos dinámicos* (tipo *abrir*) entrañan estadios cognitivo-procesales estativos en términos de *unarticulated constituents* (F.Recanati: 2002 y 2004) que el modelo noemático-actancial de K. Heger (1976) pone de manifiesto. Igualmente, las construcciones con *verbos locativos* (tipo *vivir*) propicia *figuras* de recategorización sistemático-verbal, caso del inglés, o *figuras* de recategorización sintagmática, caso del español, cuyos argumentos paramétrico-locativos evidencian el modelo noemático hegeriano. Y, finalmente, los usos de verbos semiatributivos (tipo *tener*) implican estadios existenciales de los actantes afectados con respecto a la *tenencia*, que el modelo noemático-actancial pone al descubierto. La lógica natural con que interiorizamos y organizamos intelectivamente los datos de la percepción exteroceptiva del mundo o cosmovisión así como los de la percepción propioceptiva o somatización nos dota de mecanismos esquemático-cognitivos (*frames* de Fillmore), como el modelo noemático-actancial de Klaus Heger, que nos guían en el proceso enunciativo de enunciados y nos sirven de falsilla o referencia de análisis en la comprensión e interpretación de los mismos. Se pone especialmente de relieve en este trabajo, a propósito de enunciados con verbos *dinámicos* (tipo *abrir*), *locativos* (tipo *vivir*) y *semiatributivos* (tipo *tener*) cómo se evidencia *figuras* de *relexicalización* o *recategorización* en función de las configuraciones formales de diversas lenguas (inglés, alemán y español), y se ponen de manifiesto determinados *unarticulated constituents* (F.Recanati: 2002 y 2004), en forma de modelo noemático-actancial, que hace posible su tratamiento noemático-contrastivo en convergencia. Subyacen a las palabras, a cada palabra puesta en discurso, el paradigma presentido como subyacente y, en cierto modo, competidor de la palabra manifestada. Pero en su identificación no es ocioso el sintagma de cuyos datos se obtiene el *aire de familia* que nos hace identificar el paradigma subyacente verdadero.

El lingüista tiene la intuición de que el significado del que habla siempre queda más allá, en el horizonte de lo utópico, como se sabe que los referentes de los conceptos científicos son un más allá de todos ellos.

Cierto que *la palabra*, como el dado que se echa *en el tablero del discurso* no apunta al mismo sentido según el lugar sintagmático en el que se ubica en cada momento de la operación verbal, y es que el discurso es el campo natural en el que juegan las palabras, y no sólo cuando explícitamente somos conscientes de estar haciendo *juegos de palabras, adivinanzas, enigmas*, etc., sino en todo momento de la operación

verbal. Pero por su especial relieve, me permito aducir una espléndida muestra del juego verbal según el relato de Lewis Carroll en su *Alice's Adventures in Wonderland*, en el cap. VII:

«"Do you mean that you think you can find out the answer to it?" said the March Hare.

"Then you should say what you mean," the March Hare went on.

"I do," Alice hastily replied; "at least –at least I mean what I say– that's the same thing, you know.

"Not the same thing a bit!" said the Hatter. "Why, you might just well say that 'I see what I eat' is the same thing as 'I eat what I see!'

"You might just as well say," added the March Hare, "that 'I like what I get' is the same thing as 'I get what I like!'

"You might just as well say," added the Dormouse, which seemed to be talking in its sleep, "that 'I breathe when I sleep' is the same thing as 'I sleep when I breathe!'"»

En efecto, no es lo mismo 'Digo lo que quiero decir' que 'Quiero decir lo que digo'; como tampoco es lo mismo 'Veo lo que como' que 'Como lo que veo'; ni tampoco es lo mismo 'Respiro cuando duermo' que 'Duermo cuando respiro'. La materia verbal es la misma con su *significante* y su *significado*, pero el **sentido**, con el que como hablantes nos comprometemos al hablar, depende del rol sintagmático que hagamos que desempeñe cada palabra en el juego de la operación verbal, donde está en juego el sentido inferencial resultante, más allá del *significante* y *significado* de las palabras, que siempre hay que presuponer homeostáticamente idéntico y estable, pero con necesidad de la *otredad del sentido* a la que siempre está llamada toda palabra que entra en un discurso dado.

Los límites entre la *prisión verbal* y la *libertad por la palabra* no son sino límites de una poliédrica realidad, que bascula entre el azar y la necesidad (Monod), pero que permite al ser humano, como con razón señala Steven Pinker (2005:309-313), pensar y enriquecer sus pensamientos. Si la palabra fuere mero uso mostrenco y no viva realidad significativa sin límites últimos precisos, si la palabra fuere mera *norma* o el resultado *convencionalizado* de un uso determinado, por prototípico que este fuera, el pensar estaría agotado en cada palabra. Pero al ser la palabra una realidad significativa viva, como la vida, es una realidad permeable y porosa, capaz de machihembrarse con las más diversas combinaciones sintagmático-discursivas: y en tal sentido, la palabra para el pensamiento nunca es la última palabra, sino una invitación a seguir buscando

su otro lado, el lado que al percutir su materia sensomotriz o *significante* sobre el pensamiento activo consigue vivificar un nuevo pensamiento troquelado en palabra significativa viva o *significado*, con vocación de acoplamiento con su expresión significante, en una evolución espiral sin fin.

El *modelo noemático-actancial* postulado por Klaus Heger puede dar cuenta, a mi juicio, de la operación verbal, cuya dinámica no pertenece a ninguna palabra en particular sino a la operación verbal en su conjunto, como hace ver muy bien Marie-France Delport (2004:26-27). Y es que, a mi juicio, como ya se ha señalado, la pregunta sobre el significado de una palabra incurre en *petitio principii*, no es una buena pregunta, dado que el significado en la medida en que se hace *objeto* se paraliza en su dinámica y se somete a la provisionalidad de una dialéctica *sujeto-objeto* que, en consonancia con lo señalado por Marie-France Delport (2004:30-31), al lingüista, *sujeto observador*, es dado realizar, siempre que sea consciente de la limitación que la *conceptualización* de lo que está más allá de la mera abstracción conceptual en cuanto realidad significativa vigente, capaz de provocar otras realidades significativas dentro del mismo núcleo significante, dentro de la misma palabra, o provocando el nacimiento de palabras nuevas, no tanto en cuanto las capas o edades de la misma palabra, sino en cuanto a la mutación o producción de palabras nuevas, sin vínculo significante alguno o mutando en significantes nuevos sin parentesco alguno perceptible. Ese más allá imperceptible es el que el lingüista, como hace ver la fina matización de Ramón Trujillo (1998) a Ferdinand de Saussure, debe salvaguardar, si no se quiere reducir el significado a una mera abstracción conceptual de datos extraverbales, a los que inevitablemente apunta la sistemática verbal de cualquier palabra, sin limitar jamás su puntería, siendo el arma fundamental de que dispone el hablante para salir airoso de las más extrañas e interminables situaciones de necesidad expresiva o comunicativa.

El *significado arquetípico* de una palabra no debe confundirse con el *significado prototípico* abstraído de los contextos a los que primordialmente apunta, pese a que la realidad significativo-verbal no puede agotarse en ninguna de sus perspectivas de aproximación epistémica y hay que reclamar para la realidad significativo-verbal en su integridad lo que William James dice, según hace ver Bernard d'Espagnat (2002:349), de "nuestras ideas": «Il faut bien que nos idées, si elles ne doivent pas être la proie d'une contradiction sans fin comme d'une illusion

sans fin, s'accordent avec les éléments du réel, qu'il s'agisse de faits ou de principes».

A mi entender, el *significado arquetípico* de una palabra corresponde al *ámbito de lo intuitivo-preceptivo* tan incuestionable como los ojos con los que vemos y tan espontáneo como el fluido comportamiento verbal que lo presupone como condición ineludible. Acierta L. Wittgenstein al decir que «*the meaning of a word is its use*»: la auténtica pregunta no puede versar sobre el *significado de una palabra*, que *no existe*, siendo como es intuitivamente *inherente* a su *significante*, sino sobre el *potencial significativo*, los significados o, si se quiere, el *sentido* de una palabra —de cuyo *significado* no se discute, en cuanto *principium quo* de la realidad significativo-verbal, que es *significante* desde su ineludible virtualidad significativa o *significado*, *principia quibus*—, en función de los diversos contextos sintagmáticos-discursivos dados o previstos.

El *sentido textual* de un texto dado no está en ninguno de los segmentos verbales de que se compone, sino en el más allá que elabora la *inteligencia discursiva*, que precede, preside y domina toda la operación verbal, como se puede deducir de los acertados planteamientos de Aristóteles en su tratado *De Anima*. La *inteligencia discursiva* elabora el *sentido textual* a partir de los *significados* de los segmentos verbales, que junto con el *cotexto sintagmático-verbal* y el *contexto enunciativo espacio-temporal*, y como premisas en estricta disposición paratáctica como pulso vivo o vaivén verbal que, como cangilones de una noria van produciendo el caudal del sentido textual que sólo la *inteligencia discursiva* es capaz de inferir.

Por eso la elección interpretativa de un texto dado exige siempre un proceso de segunda vuelta, exige *ballotage*: la exigencia de un primer tanteo dialéctico general en orden a una ulterior implicación de cada segmento verbal, desde su peculiar significado verbal ineludible, en el conjunto de sentido inferencial resultante.

La configuración o *formalización verbal* de la relación planteable respecto del *desplazamiento* genera relatores simples o compuestos, dado que el hablante se pliega a la experiencia que interioriza la formalización verbal de su relación o relaciones en forma de relatores verbales simples u originarios o en forma de relatores verbales compuestos o desarrollados desde los simples o preexistentes. Tal es el caso de enunciados como:

10. El ejército alcanzó la ciudad.

10.1. El ejército llegó a la ciudad.

Análogos planteamientos cabe hacer respecto de los *cambios de estado* entrañados en las construcciones planteadas en la nómina de acepciones arriba presentadas en torno a **abrir**, así como en los *cambios relacionados con la tenencia que caracteriza al sujeto en relación con el objeto y lo dispone sintagmáticamente hacia aspectos inferibles discursivamente según rasgos relacionales de posesión, endeudamiento, parentesco, origen* y otros observables en las construcciones en las que domina el verbo **tener**, en analogía también con los *cambios habitacionales inferibles* de determinadas construcciones dominadas por el verbo **vivir**, *en cuanto semismo característico intransitivo del proceso de la vida de principio, nacer, a fin, morir*, y que se incrementa, mediante la *postposición-preposición en, y propicia, como resultado recategorizado*, la *característica bi-actancial de ubicación o situación* que entraña la zona intermedia o continua del **vivir**, *en una suerte de homofonía entre su significante elemental explícito y en cuanto significante complejo machibembrado por la postposición en*, donde el **vivir**, *en cuanto tal, es presupuesto noemático-actancialmente por el complejo ({vivir en y en} en)*, *en claro contraste con los enunciados ({nacer/morir} en)*, según los datos presentados por el *Diccionario de uso*, de María Moliner.

Los esquemas noemático-actanciales subyacentes al sentido resultante de las construcciones sintagmático-discursivas realizadas en torno al verbo **abrir** entrañan los diversos encadenamientos propios de la *causación* respecto de situaciones o estados cambiantes reflejados en los actantes intervinientes en el proceso nucleado por el verbo, que el modelo actancial hegeriano distingue lapidariamente, como hemos observado en otro lugar (2004:511). Las construcciones hechas con el verbo **vivir**, por su parte, entrañan una radical condición o instalación en el temblor vital que se especializa o articula morfoléxicamente en tres momentos fundamentales de la trayectoria vital, **comienzo**, al empezar a **vivir** –**nacer**–, **dinamismo** vital en homeóstasis o transformación constante –**vivir**– y el **final** del **vivir** –**morir**–. Los tres momentos son espacializables y temporalizables; pero, a diferencia de los extremos, a los que el espacio y el tiempo sirven de marco englobante, en cambio, en el proceso intermedio del desarrollo homeostático del **vivir** se convierten en término-objeto del **vivir** –

tiempo– y en término-incidencia inherente al **vivir** –**ubicación**–: **vivir**, en tales construcciones, se convierte en una presuposición del estar del viviente (+/-Hum), que, a su vez, implica la **localización de la estatividad**, dado que quien está está en algún lugar o de algún modo, como dialéctica exigencia de **quien está con lo que le hace estar**, como **localización o modalidad** de su instalación local o transposición modal: **vivir** entraña **estar vivo**, que, a su vez, –en las construcciones de desarrollo integrado del **vivir**– exige el señalamiento sintagmático del **dónde** o **cómo** del desarrollo vivencial como atributos ineludibles. En fin, **tener** *entraña* no una relación inherente sino *exteroceptiva respecto de los objetos y/o situaciones* que se adhieren **al sujeto** y lo caracterizan de determinada manera en su competencia o relación con los objetos y/o situaciones que le afectan.

Tomemos los datos lingüístico-discursivos que se reflejan en un *diccionario de uso* como el de María Moliner, según se muestra en su segunda edición (1998), en las entradas propias de **abrir**, **tener** y **vivir**:

abrir (del latín «aperire») 1 tr. Separar una cosa que está tapando una abertura, para que ésta quede libre: 'Abrir la puerta, la tapa'. ® prnl. Separarse una cosa que está tapando una abertura: 'Se ha abierto la puerta'. ® tr. Separar las partes de una cosa; el complemento puede ser la cosa, las partes o la abertura hecha: 'Abrir un libro. Abrir las conchas de un molusco. Abrir un surco en la tierra'. ® Separar las partes de de una cosa, de modo que ocupe más espacio: 'Abrir el paraguas, la mano, un abanico'. ~*Extender =>Desplegar. ® FON. Ampliar el canal de paso del aire por separación de los órganos fonadores. ® prnl. Separarse las partes de una cosa. ® Dividirse algo en varias partes: 'El río se abre en varios brazos en la desembocadura'. ® tr. Hacer en una cosa algo por lo que su interior queda al descubierto o o se puede entrar en él; como agujerear lo que tapa o cierra, quitarle la tapa, desenvolverla o moverla en cierto sentido: 'Abrir los ojos, un bote, una caja. Abrirse la blusa, el abrigo. Abrir una botella, un paquete, una carta, el cajón de una mesa. Abrir la casa, una habitación'. ® pml. Romperse o separarse las partes de algo de forma que quede al descubierto su interior: 'El grano se ha abierto solo'. ® tr. También en sentido figurado: 'Abrir un testamento'. ® Hacer un *agujero o raja en una superficie: 'Abrir un muro. Abrir una ventana en un muro'. ® tr. y prnl. *Agrietar[se]: 'La madera se abre con el calor'. Tr. *Cortar, por ejemplo un melón. ® Hacer un paso por un sitio: 'Abrir una carretera en la montaña'. ® También en sentido figurado: 'Abrirse paso en la vida'. ® intr. y, más frec., prnl. Particularmente, separar sus pétalos las *flores al llegar al desarrollo completo. ~ Desabotonar. ® Aplicado al tiempo, *despejarse. 2 tr. Permitir el *paso por un sitio: 'Abrir la frontera. Abrir una carretera al tránsito'. 3 Mover un artificio o mecanismo que sirve para mantener cerrado un conducto, de modo que puede *pasar por él el fluido de que se trate: 'Abrir un grifo'. ® El complemento puede ser también la cosa que pasa: 'Abrir el agua [o el gas]'. ~ Dar. 4 Mover un dispositivo que impide que se

pueda abrir algo, para permitir la apertura: 'Abrir el cerrojo [o la llave], los sellos, los precintos'. 5 *Cortar los dobleces de las hojas de un *libro para poder separarlas. 6 Empezar el funcionamiento de algo: 'Abrir un establecimiento, un banco, una tienda'. => Inaugurar. ® prnl. Iniciarse algo: 'La comedia se abre con una fiesta'. ® tr. Ir delante o el primero en una marcha o en una acción: 'Abrir la danza, el desfile, la procesión'. ® Hacer las diligencias con que queda empezado un expediente, una negociación, un proceso, etc.: 'Se han abierto las negociaciones para un tratado comercial'. ~ Incoar. ® Ingresar una cantidad de dinero en un banco y hacer los trámites necesarios para que el depositante pueda disponer de ella: 'Abrir una libreta de ahorros'. ® Comenzar de nuevo la actividad en algún centro en que estaba temporalmente suspendida: 'Abrir las cortes, la universidad, los tribunales. Abrir el curso [o las clases]'. ® Comenzar una sesión. ® *Comenzar una campaña. ® Iniciar una inscripción o alistamiento: 'Abrir la matrícula'. ® Iniciar un plazo. ® Iniciar el fuego. ® Iniciar o promover una suscripción benéfica. ® Despertar el apetito, hambre, etc. => *Principiar. 7 *Grabar o esculpir: 'Abrir una lámina [o un troquel], un molde'. 8 TAUROM. Colocar al *toro en suerte, separándolo de la barrera. 9. prnl. Lesionarse un miembro o articulación por *distensión de los ligamentos. 10 («a, con») Dejar conocer a alguien los propios sentimientos o pensamientos íntimos. ~ *Franquearse. 11 *Ofrecerse a la vista: 'Un paisaje maravilloso se abría ante nosotros. Ante ti se abren innumerables perspectivas'. ~ *Desplegarse, extenderse. 12 («a, sobre») Aplicado a «ventana, balcón», etc., o al recinto que está tras ellos, tener cierta *orientación o comunicar con cierto lugar: 'Mi habitación se abre a un patio. El balcón se abre a mediodía. Todas las puertas se abren a un pasillo'. ~ Dar, recaer. 13 Seguir un vehículo o su conductor una curva del camino por el lado exterior. 14 (inf.) *Marcharse: 'A las ocho me abro'. 15 (Hispan.) *En las carreras de caballos de caballos, desviarse éstos de su trayectoria.* 16 (Arg., Ven.) *Apartarse, desviarse.* 17 (Hispan.) *Abandonar un proyecto, retirarse de un negocio o empresa.*

tener (del lat. «tenère») 1 tr. *Sostener, *sujetar o *coger: 'El tenía la cuerda por un extremo y yo por otro'. En imperativo es, junto con «tomar», el verbo con que se acompaña la acción de dar una cosa a alguien: 'Ten tu billete. Tenga usted las vueltas'. 2 prnl. Mantenerse una cosa sin caerse: 'Este muñeco se tiene de pie. Se le tiene la pelota sobre la punta de la nariz'. ~ *Sostenerse. (inf.) Poder tenerse. Si no se especifica otra cosa, se entiende «de pie»: 'Tiene tanto sueño que no se tiene. Estoy tan cansado que no me tengo'. 3 *Apoyarse sobre la cosa que se expresa. 4 *Detenerse, *dominarse o *contenerse: 'Téngase el caballero'. 5 tr. «Tener» expresa la relación de una persona con una cosa que le pertenece: 'Tiene una hermosa finca'. ® O con una cosa o persona de la que puede *disponer: 'No tengo tiempo para ir al peluquero. No tiene a quién volver la cara'. ® También expresa la relación de una persona o de una cosa® con alguien o algo que existe u ocurre en ella, para ella o en relación con ella: 'La casa tiene tres habitaciones. Pronto tendremos vacaciones. El cargo tiene una buena retribución. La casa [o su abuelo] tiene ya muchos años. El asunto tiene mucho interés. Tengo hambre. La ciudad tiene un encanto particular. Tuvo una discusión con el jefe. Tuvimos un mal verano. Que tengan ustedes felices Pascuas [o un buen viaje]'. 'Tienes motivos para eso y para mucho más'. ® Particularmente, *profesar o *sentir cierta actitud afectiva hacia alguien o algo: 'Nos tiene

cariño. Le tiene una gran admiración. Le tiene lástima. Tiene afición al fútbol'. ⑥ La cosa tenida puede ser cierta relación con otra que se expresa y, entonces, la expresión formada por el verbo «tener» y el nombre equivale al de la misma raíz que éste: 'Tiene influencia en la temperatura (influye en la temperatura). Cada uno tiene correspondencia (se corresponde) con otro de la otra serie'. ⑦ La relación puede ser también con una persona: 'Tiene un corresponsal en Roma. Tiene huéspedes'. ⑧ Particularmente, la relación puede ser de parentesco recíproco, considerado en relación con el sujeto: 'Tiene un montón de tías'. ⑨ Con ciertas palabras o expresiones, «tener» denota *posibilidad: 'Eso tiene fácil remedio. La cosa no tiene vuelta de hoja'. ⑩ Puede tratarse también de cierta *acción que ha de realizar o en que ha de intervenir el sujeto, particularmente, de cierta cosa que requiere su asistencia: 'Tiene consulta todos los días de tres a cinco. Mañana no tenemos clase. El martes tengo consejo'. ⑪ En muchos casos, el verdadero papel de «tener» es el de atribuir una cualidad, estado o circunstancia al complemento: 'Tiene el pelo rubio'. A veces, si el adjetivo es un participio adjetivo, no es fácil distinguir si su papel es de adjetivo yuxtapuesto al nombre o de atributo aplicado mediante «tener»: En 'tiene un piso alquilado en el barrio de Salamanca' no se sabe si la intención del hablante es la de especificar que el piso es alquilado y no de otra clase (adjetivo yuxtapuesto) o la de formar un complejo verbal, 'tiene alquilado', semejante a 'ha alquilado'. Para que el sentido sea claramente este último basta con poner juntos el verbo y el participio adjetivo: 'Tiene alquilado un piso en el barrio de Salamanca'. 6 Un caso especial de uso de «tener» no ajeno a la acepción anterior es cuando el complemento directo de «tener» tiene a su vez un complemento formado por un infinitivo precedido de «que»: 'Cuando nos ha llamado será que tiene algo que decirnos. Tengo mucho que contaros de mi viaje'. Con «oír» o «ver» puede desaparecer el antecedente de «que»: 'Es cosa que tiene que oír. Es una ciudad que tiene que ver'. A veces, generalmente en tono exclamativo, estas frases expresan que la cosa a que se refieren se considera chocante, escandalosa o intolerable: '¡Tendría que ver que, encima, nos exigiera cuentas!'. 7 *Guardar o *contener: 'Un cacharro para tener las galletas'. 8 Significa a veces *recibir: 'Tuve un verdadero desengaño. Tendrá una sorpresa'. 9 («en») Con los adverbios «menos, mucho» o «poco», «tener» equivale a «*estimar» o «valorar»: 'No por eso le tendrán en menos. Lo tienen en mucho en aquella casa'. ⑩ Si «menos, mucho» o «poco» van aplicados a un nombre como «estima, aprecio» o «consideración», la frase equivale a la misma sin «en» y es como si se aplicase a «tener» el régimen de «mantener»: 'Te tendrán en más estima' (equivalente a «te tendrán más estima») cuanto más modesto te muestres'. 10 Con «por» o «como» significa *considerar: 'No me tengáis por informal'. El complemento se puede construir con «a» aunque sea de cosa: 'Se tiene el [o al] melón por una fruta indigesta'. Se emplea muy frecuentemente en imperativo: 'Ten por seguro que él lo sabe tanto como tú'. También reflex.: 'Se tiene por gracioso' 11 *Resistir u *oponerse a otro en una riña o discusión. 12 Con «a» y ciertos nombres significa también *considerar la cosa de la que se trata como la que esos nombres expresan: 'Tener a orgullo [a honra, a mucha honra, a gala]'. 13 aux. Unido a un participio que hace de verdadero participio (no de adjetivo como en el último apartado de la 5ª. acepc.) tiene el mismo significado que «haber», poniendo cierto énfasis en la expresión; pero, con «tener», el participio, en vez de ser invariable, concierta con el

complemento: 'Te lo tengo dicho muchas veces. Me tenía preparada una sorpresa. Me tiene hechos muchos favores. Tenme preparada la comida para las dos'. 14 Un intermedio entre estos casos en que «tener» equivale a «haber» y el caso en que el participio hace el mismo papel que cualquier adjetivo, es aquel en que «tener» significa «mantener» (aunque no pueda en el uso ser reemplazado por este verbo): 'Me tiene frito. Eso la tiene disgustada. Nos tiene intranquilos la falta de noticias'. 15 Seguido de un infinitivo puede expresar necesidad: 'tengo que marcharme'; obligación: 'tiene que estar allí el martes'; o propósito firme que uno mismo forma: 'tenemos que reunirnos más a menudo'. En lenguaje popular de algunas regiones, en este último significado «que» se sustituye por «de»: 'Tengo de decirselo a su padre'. 16 tr. *Guardar, mantener o *cumplir*: 'Tener la palabra [o la promesa]'. 17 (ant.) **Guardar, cuidar o defender una cosa*. 18 («») prnl. *Ser *partidario de cierta persona*.

Vivir (del lat. «vivere») 1 intr. Estar vivo. 2 Llevar cierto género de vida: 'Vivir honradamente [tranquilo, atormentado por los remordimientos]'. 3 **Manejarse en la vida*: 'Esos tropiezos le enseñan a vivir'. 4 **Mantenerse*: 'Gana lo justo para vivir'. 5 **Habitar*: 'Vive en Madrid [en una casa magnífica, en una habitación con derecho a cocina]'. 6 **Durar*: 'Este impermeable vivirá poco'. 7 Convivir: 'Vive con sus padres'. © Convivir maritalmente un hombre y una mujer sin estar casados: 'Viven juntos desde hace tres años'. 8 Permanecer en alguien cierto **recuerdo*: 'Estos momentos vivirán siempre conmigo'. 9 tr. Estar presente o tomar parte en ciertos sucesos o acontecimientos: 'Vivimos entonces momentos de gran ansiedad. Los que hemos vivido la guerra', => **Experimentar*.

En tales casos, podemos observar que el papel de **abrir, tener y vivir** es siempre el mismo, el que se intuye espontáneamente desde el **significado inherente al significante** de cada uno de ellos, según resulta de la identificación del grupo o paradigma subyacente a cada uno de ellos como unidad verbal, v. Los diversos **sentidos** atribuidos a cada uno de ellos no son propios de la unidad verbal, v, sino del conjunto en sintagmación, como el hidrógeno, **H**, y el oxígeno, **O**, por separado, **no son agua**, sino **H** y **O** únicamente, que en su sintagmación o combinación exacta de **H₂O** producen el sentido concreto o resultado efectivo de **agua**, mientras que si se combinan con azufre, **S**, en la sintagmación precisa de **SO₄H₂**, producen el sentido o resultado efectivo de **ácido sulfúrico**, etc. Parece evidente que los **sentidos** o resultados efectivos de la combinatoria o sintagmación de los elementos verbales son aplicables al conjunto en su resultante holonímica, y no a las unidades verbales, vv, por separado, pues el **significado** de cada una de ellas con su entidad **significante**

es necesario para la operación discursiva en la que intervienen en las diversas situaciones dialógico-discursivas. No acertar en la identificación del **significado** de cada **significante** supondría algo similar a confundir el azufre con el oxígeno, con las graves consecuencias que acarrearía a la hora de obtener una determinada combinación química deseada, y, análogamente, un desconocimiento lingüístico de las palabras entrañaría sumir al hablante en un *mar de dudas* sin posibilidad de éxito o salida airosa alguna, a la hora de comunicarse con sus semejantes. La **intuición precisa** que el hablante tiene de las **palabras de su lengua** es la mano útil para todo tipo de operaciones y necesidades de nuestro pensamiento, **que busca y encuentra frecuentemente, a través de la sintagmación o combinatoria, el sentido referencial concreto** y, en ocasiones, conceptualmente delimitado o formalizado, al que apuntan como flechas las palabras forzadas por el arco de lanzamiento del discurso y que fuera de él, desde la soledad paradigmática del sistema, no pueden nunca concretar.

No cabe duda de que el **significante de abrir, tener y vivir** es el mismo en cualquiera de sus realizaciones discursivas. Y si el **significante** es el mismo, lo es como protagonista de los distintos sentidos discursivos en los que interviene su significado, como componente indispensable, junto con los otros significados, del sentido inferencial discursivo resultante de la operación discursiva en su integridad.

Todos los discursos son distintos, dado el inevitable marco dialógico-enunciativo espacio-temporalmente condicionado que interviene en su producción. Y, sin embargo, *la materia verbal*, los **significantes verbales**, los **significados verbales**, que tanto da, *es siempre la misma*. Así como los elementos químicos no son en modo alguno idénticos a los compuestos en que intervienen, tampoco los **significantes verbales** coinciden con los sentidos textuales inferibles o inferidos. Nada ajeno a esos hechos ocurre con las palabras de un texto y sus elementos verbales.

Ante enunciados donde se inserten los verbos arriba descritos por un diccionario de uso como el mencionado, podemos simular, entre las diversas acepciones recogidas, los esquemas siguientes:

<A ₁ >	-----	<B ₁ >	-----	<C ₁ >
Juan		abre		la puerta
Juan		vive		en el hotel
Juan		tiene		una casa

en virtud de los cuales, el hablante identifica cada segmento, <A₁>—<B₁>—<C₁>, desde los datos del conjunto y dentro de su saber sistemático-lingüístico, y en todos ellos llega a la conclusión de que significan en la medida en que se distinguen de <A_n>—<B_n>—<C_n>, siendo n≠/2. La *discriminación significante* en cualquiera de los casos no es sino en el orden del significado o sentido, según se tengan en cuenta *situaciones potenciales* o paradigmas lingüísticos subyacentes —**significado**— o se consideren las diversas *situaciones actualizadas* en los sintagmas lingüísticos discursivos observados —**sentido**—.

Tiene razón Ramón Trujillo, en sus tan elaborados *Principios de Semántica Textual*, al precisar a Ferdinand de Saussure en el sentido de que los *significados verbales no sólo no son las cosas, sino que ni tan siquiera son los conceptos que tenemos de las cosas*. Manteniendo la precisión en el sentido explícito-formal donde entendemos que se desenvuelve el acierto y rigor de la argumentación de nuestro admirado Ramón Trujillo, ya a favor de los planteamientos del maestro ginebrino, no podemos perder de vista —y no lo hace, en mi opinión, la certera crítica de Ramón Trujillo— que la *autonomía del significado real de la lengua en cuanto realidad histórico-cultural con la que intuimos la realidad*, lo en sí del hecho verbal, no es objeción suficiente para negar *conceptualidad* a las intuiciones conceptuales entrañadas en los *significados verbales* y mucho menos al *significado metalingüístico presentado como resultado del enfrentamiento de los significados verbales como objetos lingüísticos* respecto de los *sujetos* que buscan las características de la realidad cultural de la lengua, puesto que cualquier entidad metalingüística o lingüística para el hombre no es en sí sino con respecto a los *sujetos* o hablantes reflexivos o lingüistas, estudiosos, para los que cualquier entidad verbal no es sino en cuanto *objeto*, aun a sabiendas de que la realidad cultural entrañada en los *significados verbales*, en cuanto *principium quo* intelectualivo, no podrán desasirse nunca sin contradicción de sus características lingüísticas autonómico-sistemáticas categoremáticas y sincategoremáticas, pero, del *modo noemático-cognitivo más genérico posible*, siempre

tendrán que abrirse, como *ventanas que dan al mundo* –como reza el cervantino título de una publicación reciente de Gerd Wotjak (2006), en cuyo homenaje escribo estas páginas dentro de nuestra *Revista de Investigación Lingüística*–, a la realidad experiencial dialécticamente interiorizada en la mente dialógica de cada hablante a través de su lengua.

No podemos condenar la realidad cultural verbal al ámbito de lo inefable, en una especie de ontologismo absoluto e ininteligible. Pero retrotraer todo lo conceptual, todo lo cultural al más allá o lugar utópico extraconceptual o extracultural nos abocaría a perder el necesario rigor y la coherencia exigibles a cualquier razonamiento epistemológico cabal. De modo análogo a lo que ocurre con la masa y energía en relación con el más allá entitativo de los objetos físico-científicos, también en el ámbito verbal nos encontramos con la *energía significativa de las palabras*, que son puntos de partida y de convergencia de cualquier operación verbal, donde ni el significante ni su correlato o significado pueden confundirse con simulacro o apariencia alguna, puesto que la realidad cultural de *la lengua en sí, como cualquier realidad entitativa, propicia y, en cierto modo, reclama la dinámica de la tenaza dialéctica sujeto-objeto, pero no puede quedar nunca presa de ella.*

Una buena interpretación textual exige el veredicto inferencial dictado por la coherencia del todo verbal resultante con respecto a sus componentes o elementos. No permite alianzas espurias de grupos minoritarios para alzarse sobre el mayoritario al margen de toda coherencia. En una sana ley electoral el pueblo elige siempre en última instancia entre los mejores, y no se aviene con lo intermediación de grupos minoritarios que pueden ser discordantes o incoherentes. Por eso *hay que leer un texto a redromano*, como quería don Miguel de Unamuno, *en segunda vuelta*, para elegir con conocimiento de causa la interpretación coherente a la que como flecha certera apunta el conjunto verbal textualmente configurado.

BIBLIOGRAFÍA

- ARISTÓTELES (1999): *Acerca del alma*, intr., trad. y notas de T. Calvo Martínez, Gredos, Madrid.
- BOSQUE, I. (2006): *Presentación: XV-CLXXIV de REDES. Diccionario combinatorio del español contemporáneo*, dirigido por el mismo, SM, Madrid.

- CARROLL, L. (1994): *Alice's Adventures in Wonderland*, Oxford University Press, Oxford (1865)
- CHEVALIER, J.C. (2004): *Genèse de la phrase et diversité des langues*, 83-99 in *Modèles Linguistiques*, 1-2, *Genèse de la «phrase» dans la diversité des langues*, eds. du Dauphin, Toulon.
- CHEVALIER, J.-C. et DELPORT, M.F. (2005): *Faut-il sauver le soldat Polly Semy ?*: 313-337 in *Cahiers de Linguistique Analogique*, 2-Décembre 2005 : *Un signifiant. un signifié. Débat*. Abell (Association Bourguignonne d'études Linguistiques et Littéraires.
- COQUET, J.C. (1997): *La quête du sens. Le langage en question*, PUF, Paris.
- COSERIU, E. (1977): *El hombre y su lenguaje*, Gredos, Madrid.
- DELPORT, M.F. (2004): *Deux verbes espagnols : Haber et Tener. Étude lexicosyntaxique. Perspective historique et comparative*, Éditions Hispaniques, Paris.
- ESPAGNAT, B.d' (2002): *Traité de physique et de philosophie*, Fayard.
- FILLMORE, Ch. (1985): *Frames and the Semantics of Understanding*. 222-254 in *Quaderni di Semantica* 6.
- GILMORE, R. (2006): *Alicia en el país de los Cuantos. Una alegoría de la física cuántica*.
- GREIMAS, A.J.: *Sémantique structurale*, Larousse, Paris, 1066.
- HAWKING, St. (2004): *El universo en una cáscara de nuez*, Planeta, Barcelona.
- HEGER, K. (1976): *Monem, Wort, Satz und Text*, Max Niemeyer, Tübingen.
- HEIDEGGER, M. (1974): *El Ser y el Tiempo*, Fondo de Cultura Económica, 5ª ed., México.
- LE NY, J.F. (2005): *Comment l'esprit produit du sens. Notions et résultats des sciences cognitives*, Odile Jacob, Paris.
- MEHLER, J.; Dupoux, E. (2002): *Naître Humain*, Odile Jacob, Paris.
- MOLINER, M. (1998): *Diccionario de uso de la lengua española*, 2ª ed., Gredos, Madrid.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1983): *Obras Completas*, 5, *IDEAS Y CREENCIAS*: 377-452, Alianza Editorial, Revista de Occidente, Madrid, (1940).
- PETITOT-COCORDA, J. (1985): *Morphogenèse du Sens.I.*, PUF, Paris.
- PINKER, S. (2005): *La Tabla Rasa. La negación moderna de la naturaleza humana*, Paidós, Barcelona.
- POTTIER, B. (1977): *Linguística General. Teoría y descripción*, Gredos, Madrid.

- TESNIÈRE, L. (1966): *Éléments de syntaxe structurale*, Klincksieck, París.
- RAMÓN TRIVES, E. (1979): *Aspectos de semántica lingüístico-textual*, Istmo, Madrid.
- *Estudios sintáctico-semánticos del español, I. La dinámica interoracional*, Godoy, Murcia, 1082.
 - (1994): *Constantes filológico-lingüísticas en la semiótica greimasiana*: 13-29 in *Homenaje a Greimas. Actas del III Seminario Internacional del Instituto de Semiótica Literaria y Teatral*, Madrid.
 - (2000): *Neología léxica: fundamentos cognitivos*: 221-235 in *La fabrique des mots. La néologie ibérique*, sous la dir. De J.-C.Chevalier et M.-F. Delpont, Presses de l' Université de Paris-Sorbonne, París.
 - (2004): *Fundamentos noemáticos causativos y estativos entrañados en los esquemas cognitivos de determinados verbos dinámicos*: 503-513 in *Estudios de Lingüística: el verbo*, J.-L.Cifuentes Honrubia y C. Marimón Llorca (coordinadores), ELUA, Universidad de Alicante, Alicante.
- RECANATI, F. (2002): 'Unarticulated constituents': 299-345 in *Linguistics and Philosophy* 25.
- (2004): *Literal Meaning*, Cambridge University Press, Cambridge.
- SAUSSURE, F. de (2002): *Écrits de Linguistique Générale*, inéditos de F. de Saussure, Gallimard, París.
- TRUJILLO, R. (1998): *Principios de Semántica Textual*, Arco/Libros, Madrid.
- UNAMUNO, M. de (1966): *Obras Completas*, Escélicer, Madrid.
- WITTGENSTEIN, L. (1922): *Tractatus logico-philosophicus*, intr. de B. Russell.
- WOTJAK, G. (1998): *Meaning and Concept*: 139-158 in *Lexical Semantics, Cognition and Philosophy*, Barbara Lewandowska Tomaszczyk (ed.), Łódź University Press, Łódź.
- (2006): *Las lenguas, ventanas que dan al mundo. El léxico como encrucijada entre morfosintaxis y cognición: aspectos semánticos y pragmáticos en perspectiva intra e interlingüística*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca.
- ZUBIRI, X. (1984): *Inteligencia sentiente. Inteligencia y realidad*, Alianza Editorial, Madrid.